

Dossier: Centenario de *El árbol de la ciencia* de Pío Baroja (1911)



Pío Baroja

Azorín

Este artículo se publicó el martes 30 de enero de 1912 en el diario *ABC*, dentro de su sección 'Tópicos del día' (pp. 5-6). Fue reeditado poco tiempo después en *Lecturas españolas* (1912), y posteriormente recogido en sus *Obras escogidas* (ed. de M.-Á. Lozano, Espasa, Madrid, 1998, vol. II). *La Torre del Virrey* quiere agradecer a los herederos de José Martínez Ruiz la cesión de derechos para la publicación de este artículo, así como la tramitación de los mismos por parte de José Payá Bernabé, director de la Casa Museo de Azorín en Monóvar. La revista agradece también la mediación de Juan Navarro de San Pío.

Pío Baroja ha publicado una nueva novela: *El árbol de la ciencia*. Baroja es un infatigable trabajador; no frecuenta los cafés ni las tertulias literarias; ama los paisajes y la pintura; observa la vida menuda, prosaica, realista, del pueblo; hace todos los años largos viajes por España, por Francia, por Italia, por Inglaterra. Ha pintado Pío Baroja en algunos de sus libros el ambiente de nuestro pueblo: las viejas ciudades, los panoramas ásperos y tristes de Castilla, las posadas, los caminos, las gentes aventureras y equívocas de los suburbios y de la vida errante. Ha dedicado otros libros Baroja a ciudades cosmopolitas como París, Londres, Roma. Si se tuviera que estudiar la evolución de la novela española contemporánea, habría que decir que de la etapa que representa Galdós se ha pasado a la que encarna Baroja. De Galdós arranca la conciencia artística del ambiente español; el autor de *Ángel Guerra* ha llevado a sus libros el amor reflexivo a España; lo que es ocasional en los artistas anteriores a él, es en Galdós deliberado, sistemático. Un paso hacia delante representa Baroja. Sin Galdós no sería posible Baroja; necesitase estudiar la obra del primero para comprender plenamente la del segundo.

El árbol de la ciencia resume, mejor que ningún otro libro, el espíritu de Baroja. En sus páginas se puede ver fielmente la sensibilidad, el estilo y la filosofía de nuestro artista. Ninguna sensibilidad artística más fina, más sutil, más vibradora, más

comprensora de todo que la de Pío Baroja. Una agudeza ingénita le lleva a escoger en la realidad, en el inmenso y complicado acervo de la realidad, el rasgo característico, esencial, de las cosas. Sus descripciones son limpias, escuetas; cuatro trazos le bastan para hacer vivir un personaje. No sobra ni falta nada en sus pinturas; el detalle que el autor ha elegido es precisamente, entre todos, el único que podía dar la sensación de la vida. Baroja ha ido hacia él derechamente, guiado por su instinto, sin vacilaciones ni veladuras.

Esa misma sensibilidad sutil le lleva a percibir, con una agudeza extraordinaria, los contrastes sociales. La omnicomprensión es la fuente de la piedad; un fondo de suprema, de cordial, de delicadísima piedad hay en los libros de Baroja. Para el autor existen dos absurdos enormes, intolerables: la estupidez y la crueldad. Hojeando la ya extensa obra de Pío Baroja se podría reunir un florilegio, una clamadora antología sobre las reflexiones, los anatemas, las salidas violentas que al novelista inspiran estos dos absurdos capitales. No clasificuéis a Baroja en ningún casillero político ni estético. Su pluma busca instintivamente dónde está la estupidez y dónde está la crueldad; como estupidez y crueldad hay en todas partes, difundidas por todo el tejido social, arriba y abajo, Baroja, al combatir, al execrar, al cauterizar esos dos males, se nos presenta

aristócrata unas veces, demócrata otras. Pero si nuestro autor se indigna ante la incomprensión, hállese donde se halle, hay, sin embargo, para él —como para otros grandes ingenios—, una incultura primaria, rudimentaria, tosca, que puede estar aliada a una límpida inteligencia, a un bondadoso corazón. La atracción poderosa que sobre Baroja ejerce el pueblo, no obedece a otra causa. Todas sus novelas están llenas de tipos populares, tipos aventureros, de caminantes, de mendigos, en quienes brilla un intelecto claro, lógico, primitivo, salvaje, pero libre de pedanterías y de bambollas. No a otra causa obedece también la predilección de Baroja por la *calle*: la calle madrileña, sobre todo. “En ella todo era callejero, popular”, escribe al hacer el retrato de un tipo de mujer admirable, que llena las páginas de su último libro. El espíritu de Madrid, el de la calle, el del pueblo, sutilísimo, poderosamente cáustico; ese espíritu que tan maravillosamente armoniza con el aire fino de esta alta meseta y con el paisaje sobrio, fuerte y elegante del Guadarrama; ese espíritu es el mismo que ha recogido Pío Baroja a través de su obra.

Se ha discutido el estilo de nuestro novelista. De prosaico y desaliñado se le tacha. Siempre habrá en la república literaria quien prefiera la afectación castiza, el empalagoso aliño, la brillante corrección, a la claridad, la precisión y la sencillez. Generalmente se reputa por supremo escritor el que adapta su estilo a giros, locuciones y maneras de ser del pasado. Sin embargo, el estilo que en literatura domina, prevalece y realmente subyuga, es el que traduce la modalidad del presente, el que corresponde a la manera de hablar de los coetáneos. Entre el estilo de Hurtado de Mendoza y el del Mariana, ¿cuál es más vivo, más real, más plástico? De Mariana se dijo en su tiempo que “así como otros se tiñen las barbas para parecer mozos, él por hacerse viejo”. El estilo de Baroja puede parangonarse con el de Cervantes en el *Quijote*; vemos en uno y en otro las mismas consonancias, las mismas redundancias, los mismos desaliños. No fuera el *Quijote* lo que es si se hubiera escrito de otro modo. El estilo de un artista no puede ser diferente de como se produce; es la resultante fatal, lógica, de una sensibilidad. Cojamos una página de Cervantes o de Baroja; redactémosla en una prosa correcta, elocuente, brillante, y veremos de un modo palpable lo absurdo del procedimiento.

Hemos dicho que *El árbol de la ciencia* es la novela que mejor condensa —hasta ahora— el pensamiento de Baroja. A través de la obra del novelista, se plantea el problema de la lucha entre el pensamiento y la acción: antagonismo que constituye el núcleo de la nueva novela. El lector sabe que recientemente ha sido creada una escuela filosófica —ya casi en desprestigio— que

representa la apología de la acción en contra de la inteligencia. Se ha creído que el examen intelectual —es decir, la verdad— era un paralizador de la voluntad. En su consecuencia, para mantener viva la acción, tanto en el individuo como en las sociedades, se imponía la intangibilidad de ciertos errores y creencias, de determinadas maneras de sentir. Nada más absurdo. Pondremos varios ejemplos. En sus *Cartas marruecas*, el coronel Cadalso escribe lo siguiente: “Los que pretenden destruir ciertas cosas, que el vulgo cree buena-mente sin perjuicio de la religión, y de cuya creencia resultan efectos útiles al Estado, no se hacen cargo de lo que sucedería si el pueblo se metiese a filósofo y quisiese indagar la razón de cada establecimiento”. Estas palabras son la condenación rotunda, terminante, de la instrucción pública. Se cree que la verdad, es decir, la inteligencia, la ciencia, es disgregadora de las sociedades. Pues bien; échese la vista hacia atrás; estas palabras fueron escritas en 1768. ¿Qué progresos son los que ha hecho desde entonces, sin que ocurra nada, la extensión y difusión de la verdad? En sus *Empresas políticas* dice Saavedra Fajardo: “Los ingenios muy entregados a la especulación de las ciencias son tardos en obrar y tímidos en resolver, porque a todo hallan razones diferentes que los ciega y los confunde”. El ideal será, por lo tanto, que los gobernantes, a quienes van dirigidas las recomendaciones de Saavedra, sean hombres de una relativa incultura; gobernarán mejor cuanto menos sepan de los problemas sociales y de las cosas del pensamiento en general. La inteligencia es, pues, enemiga de la acción. ¿Necesitaremos esforzarnos en demostrar lo absurdo de tal creencia? Leopardi, en una de sus cartas escribe: “*L'altra cosa che mi fa infelice é il pensiero*”. Y añade: “*E m'ucciderá*”. Y *me matará*: la inteligencia era también para el gran poeta fuente inagotable de dolores; la inteligencia mata.

Pío Baroja en *El árbol de la ciencia* plantea, como hemos indicado, el problema entre la acción y la verdad. En el libro de nuestro novelista acaba por triunfar la inteligencia. Toda la obra de Baroja, aparte de esto, es francamente intelectualista. ¿Qué sería del mundo si pudiese prevalecer el sistema contrario? No, no y no; la inteligencia no es enemiga de la vida. Lo que importa no es obrar, sino que la acción que se vaya a realizar sea buena. Y ¿cómo podemos obrar bien, realizar una acción civilizadora y bienhechora, si la inteligencia, el examen, la crítica, la ciencia, no nos dicen fríamente, desapasionadamente, qué acción es la que debemos elegir, qué acto es el inicuo y cuál es el justo, qué gesto es, entre todos los que realicemos, el que puede sembrar entre nuestros semejantes el dolor y qué otro el que puede esparcir la bondad, el bienestar, la justicia y la belleza?